

99 HUESOS PARA 77 BRUJAS

Andrea Prieto Pérez



Ilustración de Onkye



99 HUESOS PARA 77 BRUJAS

99 HUESOS PARA 77 BRUJAS

Andrea Prieto Pérez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

© Andrea Prieto Pérez, 2018

© Ilustración: Orchikoi, 2018

© Ediciones Dorna, 2018

C/ Duque de Alba 15, 28012, Madrid

www.edicionesdorna.com

ISBN: 978-84-949852-5-6

IBIC: FL

Aviso de contenido sensible: sangre, autolesiones, mutilación, asesinatos, paranoia.

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible contáctanos en nuestro Twitter @EdicionesDorna o nuestro Instagram @edicionesdorna.

*«¿Qué din os rumorosos
na costa verdecete
ao raio transparente
do prácido luar?
¿Qué din as altas copas
de escuro arume arpado
co seu ben compasado
monótono fungar?»*

Os pinos, Eduardo Pondal

PRÓLOGO

ANTES DE LA SIERVA

Alazne aún tenía las heridas abiertas de cruzar los territorios asolados por la Guerra del Agua cuando llegó a la frontera de Galie. Los nudillos supuraban un líquido ambarino que, a la tenue luz de la bombilla de la cúpula, tenía el aspecto de la miel. Si no apestaran, el hambre la tentaría a lamerlos.

Empujar la carreta en la que iba su hermana también le mantenía las manos ocupadas. La última vez que la soltó creyó que jamás sería capaz de volver a cogerla, con las manos tan llenas de ampollas y el cansancio dando tirones en sus hombros. Pero ahí estaban las tres, ella, la carreta y Lía, ante la gran cúpula de la que se hablaba en toda la península: la que en el mar de sal conocían como Salvaterra, la que en el noreste le dijeron que jamás alcanzaría. Cruzar tierras ardiendo, infestadas en guerra y en desgracia, y que después la dejaran entrar era un imposible. Alazne escupiría en la cara a todos los que dijeron eso.

Estaba en tierra salva, el hogar de las brujas. Las historias aseguraban que los extranjeros no eran bien recibidos por los monstruos y que bastaban dos pasos para ser devorados; entonces se escuchaban lamentos mayores que los de aquellos desahuciados por la guerra. La teoría de Alazne era que no se conseguiría un lugar seguro de no tener ninguna oportunidad en él.

La figura vestida de negro desde el cuello hasta los pies no le pareció una afrenta a su hipótesis, sino un salvoconducto, a pesar de que su rostro, prácticamente una calavera de huesos mal ensamblados en la que se adivinaba

algún rasgo femenino, no resultara amable. Tenía dos ojos en los que no entraba la luz desde hacía eones, dignos de una noche en la que la bombilla, la única luna de esa cúpula, se fundiera y los monstruos salieran de verdad a cazar.

—Alazne Axpe —dijo la mujer, con la voz silbante—. ¿Por qué estás aquí?

Llevó una mano al hombro de su hermana. No consiguió ninguna respuesta por su parte. Si no fuera porque se negaba a imaginar su aliento extinguiéndose, Alazne tendría dudas sobre su supervivencia, puesto que su hermana nunca había estado callada durante más de dos suspiros seguidos. A través de la fina tela que le cubría la piel, notaba el calor que desprendía su cuerpo y eso justificaba el silencio.

—Quiero que la curen. Dicen que pueden hacerlo.

—¿Has atravesado los valles en llamas y las montañas secas para pedir que salven a tu hermana, Alazne Axpe?

Igual que no le sorprendió que conocieran su nombre, no lo hizo que supieran que se trataba de su hermana. En otros tiempos, la gente se deshacía en comentarios sobre su parecido y a lo mejor en el rostro consumido de Lía aún florecían esas similitudes, sin ayuda de la magia.

—Atravesaría toda esta tierra llena de lobos con tal de que la salvaran.

—No son los lobos lo que debes temer en esta tierra. — Los labios finos, secos y pálidos de la mujer abrieron un abismo que fingió ser una sonrisa—. Los hombres que caminan con los lobos son a quienes tienes que mantener en tus pesadillas.

—Lo tendré en cuenta.

—¿No tienes miedo acaso, Alazne Axpe?

Estaba aterrada. Cada hueso le temblaba por culpa del olor a tierra húmeda, el ruido de los árboles y los ojos

terribles de la mujer. Nunca había tenido tantas ganas de huir.

—No —contestó en cambio, mientras cuadraba los hombros—. No tengo miedo.

—Entonces, tu hermana se quedará conmigo, Alazne Axpe, y tú irás a ver al Cónclave. —Antes de que ella pudiera negarse, la mujer alzó un dedo largo y huesudo—. Esa es la condición para obtener tu pase a estas tierras.

Mantuvo el recuerdo del aliento de Lía sobre su cara cada día, desde que la bombilla de la cúpula se apagaba hasta que volvía a encenderse. Llegó a Cruña, la ciudad de los gigantes y del muro contra el mar, cuando le faltaba una noche más para que esa luz se apagara en lo que duraba la luna nueva. Si los monstruos tenían permiso para caminar por esas calles después del atardecer, Alazne no quería pensar en lo que harían entonces.

El Ayuntamiento de Cruña, famoso en todos los rincones de la península, desde las tierras quemadas del sur hasta la planicie de sal o las fronteras destruidas, resultó menos impresionante de lo previsto. No se tuvo que encoger cuando sus pasos la llevaron hasta la plaza ni tampoco dudó porque la aterrorizara. Era una mole de piedra oscura en el centro de la ciudad, imponente por su tamaño y custodiada por la vieja estatua de la primera bruja: Enna, que salió de los bosques para ofrecer la mano a Galie y rescatarla de la penumbra con su magia; Enna, que se colocó al frente del mundo y preparó la primera cúpula para separar la destrucción del resto de la península de su tierra. El tiempo había destruido las facciones suaves de la cara de la estatua y la había convertido en un monstruo más. Fue la mirada de la representación la que

consiguió que Alazne se encogiera, porque parecía capaz de destruir a cualquiera que se acercara al Ayuntamiento.

Inclinó la cabeza ante ella, respetuosa. Enna los salvó del Fin del Mundo y ella ahora pretendía aprovecharse, así que mejor mostrarse agradecida por tener la posibilidad de compartir esa tierra salva.

Dio los últimos pasos con calma y respiró hondo. Una gárgola, que según las leyendas fue llevada por Enna desde el bosque hasta el Ayuntamiento, entrecerró los ojos desde lo alto de la fachada del edificio. Era el aviso que necesitaban las brujas para que los portalones se abrieran. Toda la plaza crujió. El chirrido de las bisagras se coló hasta debajo de su piel y consiguió arrancarle un escalofrío. El edificio sí resultaba majestuoso con las puertas de metal dorado abiertas, igual que las fauces de un terrible monstruo del que no se puede huir.

El Ayuntamiento la engulló sin piedad, sin masticar. Las puertas se cerraron en silencio a su espalda y el recibidor se sumió en la oscuridad durante un parpadeo. Después, las bombillas se iluminaron a lo largo de uno de los corredores, sin marcar dónde acababa. La estaban esperando.

Alazne siguió el sendero. Al llegar al final, otro pasillo se iluminó. Le habían hablado de los juegos de las brujas que gobernaban Galie, cómo se dedicaban a tentar a la gente a que entraran en sus dominios y hacer que se perdieran; cómo ofrecían tratos imposibles o la imagen de que eran comprensivas, que aceptarían cualquier oferta, para a continuación lanzar a las bestias. El Ayuntamiento estaba construido a modo de prueba, y solo los que se atrevieran a caminar con la barbilla alzada acabarían en la senda correcta. Si dudaba, la conducirían a los sótanos llenos de monstruos, así que no se permitió ralentizar el paso aunque quisiera hacerlo.

Las luces se apagaron cuando se colocó delante de una puerta del mismo color dorado que las principales. Más oxidado, quizá. Más gastado, a lo mejor. Más real, seguramente. Cuando su mano tocó el pomo de la puerta, el abismo apareció delante de ella.

Se lanzó hacia él.

—¿Quién eres?

La pregunta la formularon una voz y todas. Miles. Era el eco del pasado y del futuro, la niebla enredada entre la bruma del mar. No había una voz más cálida y más fría que llegara hasta el corazón de una persona de esa manera.

Una figura enredada en una túnica blanca apareció a su derecha al descender por unos escalones que no estaban ahí antes. Tenía los ojos azules, vacíos. Los labios estaban sellados por hilos del mismo color negro que su pelo.

—¿Quién eres? —repitió la bruja con sus labios mudos. Tenía la voz de las montañas, profunda y grave.

—Alazne Axpe.

La siguiente bruja surgió de entre la niebla que cubría la zona izquierda. La túnica era negra, hecha jirones, y dejaba al descubierto prendas rojas por debajo, como si se tratara de las encías en medio de una boca oscura dispuesta a abrirse, a tragársela. No le vio la cara, pero sus manos se movieron delante de ella como si fueran las encargadas de hablar:

—¿Qué quieres?

—Quiero que salvéis a mi hermana.

La tercera de las brujas apareció a su espalda, en un escalofrío eterno que hizo que Alazne se encogiera. Estaba desnuda y su piel blanca, surcada por venas azules, era más digna de un muerto que de un vivo. Los nudos de su espalda, donde estarían las vértebras, tenían pequeños tatuajes que parecían flores. Sus ojos, una vez que se

colocó delante de la peticionaria, eran más verdes que un bosque antes del Cataclismo.

—¿Qué has hecho? —hizo retumbar su voz la tercera, igual que el arrullo entre los árboles de un viento que anunciaba tormenta.

—Caminar desde el noreste, con mi hermana, hasta llegar a la frontera con Galie. —Tenía el discurso aprendido, pero se le atascaron las andanzas igualmente—. Hasta estar delante de vosotras, aquí. Después de atravesar las tierras centrales, donde continúa la Guerra del Agua, después de pasar el Can Cerbero con sus saqueadores.

En un aliento cálido, otra bruja descendió por unas escalerillas que había al frente, donde antes solo existía más bruma. Su túnica era de un azul oscuro que imitaba a la noche y unas manos negras lo levantaron para que no se enredara entre las piernas de su dueña. La cara de la mujer de la túnica de cielo era oscura, impenetrable. Sus ojos, dos fosas sin final. Sus labios carnosos, según las leyendas, eran los dadores del sueño eterno.

—¿Cuál es la última parte? —le preguntó, en un murmullo de aleteos en medio del bosque oscuro. De hojas secas y golpes de las olas pequeñas contra las rocas.

—La sangre de quien va a inclinarse ante las brujas —contestó Alazne.

Todas caminaron hacia el medio, hacia el gran estrado que surgió de la nada para elevarlas por encima de ella. Detrás de la primera fila que formaron, había muchas más. Cientos de brujas, cientos de cuentos nacidos y vivos, cientos de historias para no dormir que salvaron al mundo. Alazne apretó los puños.

Los ojos de las brujas se abrieron desmesuradamente a la vez. Sus bocas, incluso aquellas que estaban cosidas,

despegaron los labios al mismo tiempo. Su voz, en un eco del pasado y del futuro, retumbó entre las paredes:

—Sangrarás. Después, te inclinarás ante nosotras.

El cuchillo que llevaba en su cadera desde que salió de casa le pareció más oxidado y viejo que nunca. Lo cogió porque, después de todos los rumores que hablaban sobre las trampas de las brujas, había quienes decían que solo aceptarían un sacrificio. Los sacrificios solían llevar ligada sangre. Su abuelo había defendido su ciudad de la invasión de los sureños y muerto con ese mismo cuchillo en la mano; no había otra arma más apropiada que aquella para abrir su carne ante las brujas

El filo cortó la palma de su mano y, al creer que no sería suficiente, lo llevó hacia la otra, desde donde lo hizo vagar por la cara interna del antebrazo. Igual que la lluvia cuando caía entre las hojas de los árboles, su sangre se deslizó hacia la punta de los dedos y goteó al suelo. No se veía roja en medio de la penumbra de esa sala, sino negra.

—Da un paso hacia adelante, Alazne Axpe *la Extranjera*, hermana de Lía Axpe *La Que Se Muere* —solicitó la multitud—. Haz entrega de nuestra sangre.

Sus pasos se tambalearon. La bruja desnuda, con las venas llenas del agua de todos los ríos de Galie, mojó sus manos con la sangre que brotaba de los brazos de Alazne y después regresó con el resto del grupo.

El mundo tembló de pronto, se contrajo. Las palabras que empezaron a flotar en el aire se ocuparon de detener el tiempo, de reducirlo a un soplo que se le enredó a Alazne en la nuca y movió su pelo. Las brujas siguieron con su cántico, sin que les importara lo que pasara a su alrededor. Sus palabras eran más viejas que el mundo, que la tierra que pisaban. Nacieron entre las primeras plantas, bajo las primeras estrellas, y sus voces llegaban desde el inicio de las eras y se extenderían hasta el fin de los días.

Alazne notó la quemazón del vómito al inicio de la garganta. El aire continuó danzando a su alrededor con la rabia de un lobo hambriento; pretendía arrancarle la piel y cenarla. Las brujas echaron la cabeza hacia atrás justo al mismo tiempo que ella la echó hacia adelante, para vaciar su estómago sobre sus pies. Los ojos de las brujas se convirtieron en abismos que miraban hacia un techo cubierto por raíces que se deshacían.

El vómito a sus pies se cubrió de granos de tierra. Alazne tuvo la certeza de que el edificio, el mundo, se caería sobre su cabeza.

Y de repente, se terminó. Fue solamente ella quien cayó de rodillas ante las brujas.

—Tu hermana vivirá. —La voz de las montañas.

—Tu hermana vivirá. —La voz de los lobos.

—Tu hermana vivirá. —La voz de la vida.

—Y tú nos servirás a nosotras. —La voz de los muertos.

PRIMERA PARTE
125 LUNAS NUEVAS

CAPÍTULO UNO

Deleznable. Dimas tenía la absoluta certeza de que, en caso de conseguir un diccionario de antes de La Súplica para describir un local como aquel, aparecería eso. El Tormento era el bar más deleznable a ese lado de la frontera, a lo mejor de la península entera. También el único donde servían un café aceptable.

El balance, hasta ahí, era muy positivo. Le compensaba aguantar los taburetes sucios, la barra manchada de alcohol y el suelo pegajoso a cambio de una taza de café que le quemara la lengua, tan negro que no se diferenciara del corazón de una meiga. Las tornas cambiaban cuando tenía que compartir el mismo aire con los indeseables habituales de El Tormento, que empezaron a llegar antes de que Linda dejara la segunda taza delante de él.

Tenía apostados seis guardaespaldas en el local y cerraron el perímetro a su alrededor cuando un bárbaro que apestaba a hierba se acodó en el mismo lado de la barra que él. Se fiaba de sus guardaespaldas lo mismo que de un lobishome al anochecer. Hacer trampas para conseguir oro estaba convirtiéndose en un moda suicida que, en ocasiones, hacía a algún imbécil muy rico, además de capacitado para comprar a cualquier persona armada. El sudor comenzó a bajarle por la espalda. Le concedería a Arturo León unos generosos cinco minutos para aparecer, o de lo contrario se marcharía de El Tormento.

Uno de sus nuevos guardaespaldas, un crío que se enorgullecía de haber hecho un trato con las meigas cuando aún no tenía pecas en la nariz, le guiñó un ojo para avisarle de que veía al objetivo acercarse a través de la ventana. Ricardo, el más veterano de entre el grupo de

seis, se ocupó de sellar al grandullón del vicio por las plantas y le dejó así levantarse de la barra sin que nadie se fijara en él, salvo Linda. La camarera de El Tormento no era un ángel, porque estos no pisarían una tierra como Galie, pero sus dotes para la discreción y el buen uso de la cafetera eran un detalle que lo hacía dudar. Después recordaba que una persona discreta tendría, sin lugar a dudas, más facilidad para colocarle un cuchillo en la garganta antes de que se diera cuenta. También podía envenenarle el café.

Dimas no se llevó la segunda taza consigo, aunque estuvo atento a todos los movimientos de Linda mientras le preparaba la tercera que le iba a llevar a la mesa que eligió, en un discreto segundo plano al fondo del local. Con todos los ángulos despejados en caso de necesitar huir, además de una visión perfecta de la puerta y dos de las tres ventanas, vio a Arturo León entrar en El Tormento con sus aires de grandeza característicos.

Si no fuera el mejor comprador que tenía, haría mucho tiempo que Dimas habría despachado a Arturo por ser un exhibicionista. Le gustaba alardear de victorias contra monstruos, de huir de todas las púas y de incluso, según decía, de una meiga que fue en su búsqueda. Caminaba como si su ropa fuera de oro y tuviera que estirar los brazos cual pavo real para mostrar la cola. Quizá incluso la mostrara más de lo recomendable a cualquiera y, sin duda alguna, hablaba de ella más de lo que Dimas toleraba. Tenía una de esas caras demasiado simétricas y agraciadas como para ser reales, con unos ojos azules que producían pesadillas. Cuando, después de haber conseguido que todos los habituales del bar lo miraran, Arturo se giró hacia él, Dimas no consiguió reprimir un escalofrío.

Arturo León sería capaz de matarlo sin remordimientos, por muchos años y tratos que los unieran. Incluso

disfrutaría de ello, con una sonrisa sardónica en sus labios mientras le abría el pecho para sacar el corazón. Luego diseccionaría el órgano en busca de alguna forma de hacer magia que estaba vedada para todos. Ni seis guardaespaldas en los que confiara lo harían sentirse mínimamente seguro sentado enfrente de Arturo León. Ni un millón. Ni aunque ese millón estuviera a su lado detrás de un enorme muro que lo separara de aquel hombre. Ni aunque ese millón fuera un millón de meigas que odiaran a ese hereje.

—Dimas Sauce —saludó Arturo. Fingió una reverencia que terminó por ser un modo más pomposo de lo habitual para sentarse—. Casi contaba con que ya te hubieras ido. ¿Cuántos hombres te has traído para aguantar tanto? Que ya empieza a haber gente...

Se fijó en que la barra comenzaba a estar llena de brazos que se inclinaban sobre ella, o bien para dar cuenta de sus bebidas o bien para exigirle a Linda que se diera más prisa en servir. Una joven larga, con una línea negra que le surcaba el labio inferior y la barbilla, toda brazos y piernas, entró en el bar para unirse a ese grupo de consumidores implacable. Dimas mantuvo la expresión seria, para fingir que no le importaba, pero la sonrisa de Arturo le dio a entender que era demasiado tarde.

—Deberías de pensar en todos los clientes potenciales que hay reunidos en un mismo lugar, ¿no te parece? —le propuso. Tenía un colmillo más afilado que otro—. Podrías hacer negocios con la mayoría de los presentes. Aquel tío de allí —le señaló un hombre con el gesto afilado surcado de cicatrices— le pegó un tiro a su jefe, para el que llevaba trabajando casi cuarenta años, porque él exigió aumentar el nivel de control de uno de los implantes...

—¿Qué quieres, Arturo?

—Oh, venga, no seas tan quisquilloso. El Tormento es el lugar menos peligroso del planeta tierra. Tiene una barrera custodiada por trasgos, un montón de gente que lo defendería porque es barato y está cerca del cruce de caminos de Astorga y, además, a Linda. ¿Tú crees que Linda dejaría que pasara algo malo en su bar?

Linda era capaz de sacar una escopeta de debajo de la barra, disparar a todos los presentes, y continuar sirviendo un café increíble con los pies. Desde luego que no iba a permitir que le ocurriera nada malo a su bar, del mismo modo en que no iba a intervenir si un desgraciado atacaba a uno de sus clientes, aunque fuera de los buenos.

Dimas calculó que había veintidós personas en el local y todas podían matarlo. En especial, su dueña.

—Te he preguntado qué quieres —retomó, despacio. Tenía la garganta seca y el café ya frío—. Solo recibí un mensaje tuyo que decía que querías verme, que era importante, y no había mucho más.

—Resultas insoportable cuando eres tan pedante, Dimas.

—No me digas eso. —Porque era mentira. El pedante de los dos estaba sentado justo frente a él—. ¿Puedes decirlo ya?

—Hace unos tres meses escuché que existía una nueva versión de portadores, que aguantaban más tiempo con una placa de las mismas características a los de las otras generaciones —explicó finalmente Arturo. Se inclinó hacia adelante, porque no le bastaba con haber generado expectación, ahora quería añadirle misterio—. Me dijeron que los estaban usando las flamas que salían de Galie, para comunicarse con las guardianas cuando encontraban algún territorio no hostil.

—Fábulas —tachó Dimas.

—No son fábulas. Hace un par de semanas los del Can Cerbero capturaron a una flama. Se escuchó por todos

lados, hasta se filtró en la red. Venga, lo has escuchado o leído igual que el resto de nosotros.

No le gustó el plural. Implicaba más gente, mucha más gente de la tolerable, aceptable o considerable, a la que quizá ni siquiera conocía o que podía estar cerca de El Tormento, a la espera de que Arturo León les enviara alguna señal de ataque. El pavo real conocía a muchas personas que no dudarían en unirse a él para cualquier tipo de causa. Al parecer, no todo el mundo lo consideraba un ser capaz de sacar de quicio hasta a la mismísima gárgola del Ayuntamiento de Cruña; a muchos hasta les caía bien y lo apreciaban.

Dimas se revolvió en su asiento y alzó una mano, para pedirle a Linda un vaso de agua

—Escuché lo de la flama capturada —musitó, cuando pudo un dar un trago. Su garganta seguía seca de todas formas.

—Pues uno de los bandidos de Can Cerbero le cogió el portador que llevaba consigo.

—Hay mucha gente estúpida suelta en el mundo. Sin duda alguno estará con ese grupo de gente, no me parece en absoluto extraño. Es cuestión de probabilidad.

—Te perdono el comentario porque sé que lo haces sin maldad —soltó Arturo, áspero. Solía controlar su tono de voz al completo, aquello no era una buena señal—. El tipo se desconectó de las brujas por un programa que consiguió hace menos de dos años... Quizá te suene.

Quizá le hubiera vendido el programa a algún bandido de la zona de Can Cerbero, no iba a negar eso. Si tenía dinero para pagar, solía ser suficiente. Lo seguiría siendo si Arturo no fuera a meter sus manos largas y usureras hasta tan lejos.

—¿Qué quieres decir, que el portador estaba limpio gracias a mí?

—Sí. Que es de fiar y por eso lo compré —completó Arturo. Pretenciosa, su sonrisa restableció la imagen habitual de su dueño—. Adivina ahora qué te he traído, Dimas, porque es un regalo buenísimo.

—Sigo sin saber para qué querías un portador con un programa instalado de mi creación, comprado a un grupo de desgraciados que se dedican a secuestrar a una flama. —Arqueó las cejas—. ¿Pretendes que me maten?

La mayoría de la población de Galie pretendería matarlo si ganara algo a cambio. En un mundo como aquel, las opciones eran muy amplias, tanto como la sonrisa que lucía Arturo, que parecía a punto de echarse a reír hasta que le dolieran las costillas.

—Quiero uno de esos cacharros de nueva generación —alegó el otro hombre, cuando dejó de tener que controlar su cuerpo para que no se batiera en carcajadas—. Quiero que examines el portador y me digas que puedes conseguirme uno idéntico para mí, libre de las brujas.

Dimas controló una mueca con cierta dificultad. No le gustaba el desprecio que iba en la palabra «bruja» como tampoco le gustaba el nivel de exigencia que transparentaba el tono de Arturo. Era un buen cliente, con quien tenía grandes negocios, pero tampoco estaría mal recordar que era porque ambos estaban de acuerdo. Él no había dicho en ningún momento que estuviera dispuesto a poner las manos en un dispositivo robado a una flama, porque no creía en suicidarse de esa manera. Asumir lo contrario era desagradable, sobre todo cuando las gemelas de las manos tatuadas, en la barra, estaban demasiado pendientes de su conversación.

Sin duda, estaban escuchándolos. Dimas reconocía a un cazafortunas cuando lo veía y los que iban en pareja resultaban más peligrosos todavía. Echó la mirada hacia la derecha, donde uno de sus escoltas más antiguos lo

observaba con atención, dispuesto a rescatarlo. Esperaba que esa disposición se mantuviera unas cuantas frases más.

—No quiero crear un portador de nueva generación que aguante más tiempo con una placa simple —explicó, con claridad, aunque su tono fuera más bajo—. No entra dentro de mis competencias.

—Pero imagínate lo que sacarías con eso, Dimas.

—He dicho que no me interesa. Se trata de oferta y demanda, de mantener una imagen —alegó—. Decir que ahora me dedico a la fabricación de portadores diversifica mi negocio y da la imagen de dispersión que no me gusta ni me resultaría útil. La respuesta es no, lo siento pero no.

Arturo tensó la mandíbula.

—Solo quiero un portador que funcione.

—Tienes ese. Úsalo.

—A veces, Dimas, te partiría esa boquita que tienes en tantos pedazos que no te reconocería ni tu madre.

—Mi madre ya no me reconoce ahora —contestó, sin que le importara aclarar ese detalle—. No veo por qué razón mi boca supondría una diferencia para ella.

Arturo dio un golpe en la mesa con una mano. Lo que Dimas había pretendido evitar durante toda la tarde surgió de pronto: todos los presentes en aquel antro deleznable lo miraron, lo evaluaron y lo sometieron a un juicio personal. Uno de sus escoltas se acercó de una forma poco disimulada hacia él

—La respuesta es no —repitió, en un hilo de voz idéntico al de un niño pequeño—. No voy a tocar ese portador, Arturo. Siento que sea una molestia para ti, después de haberlo conseguido, pero no voy a correr ese riesgo.

—¿Cuándo algo no es un riesgo para ti, maldito paranoico? Te pasas la mitad de tus días creyendo que el mundo te quiere clavar un puñal por la espalda y la otra mitad convencido de que será en el pecho. ¡No me jodas! —

estalló. A todos los del bar les debía de parecer muy interesante—. Sales de tu pocilga una puta vez al año para pavonearte por ahí como si fueras importante, cuando no eres más que un chaval asustado de su sombra.

Tenía la certeza de que su sombra, salvo que alguna meiga quisiera gastarle una broma cuando no estuviera ocupada con asuntos mejores y más interesantes en los que emplear su magia, era de fiar. A diferencia de Arturo.

Dimas comenzó a preguntarse qué tendría de importante esa nueva generación de portadores para Arturo. Era un narcisista y perder los nervios le sentaba mal a su imagen. El programador se pasó la lengua por el paladar, donde tenía una pequeña cicatriz que nunca llegaba a desaparecer.

—¿Por qué te interesa? —planteó. No iba a descubrirlo sin un poco de ayuda—. ¿Quieres irte de Galie? La última vez que estuviste más allá del Can Cerbero diste media vuelta con el rabo entre las piernas, o eso dice la mayoría de tu compañía. —El rostro de Arturo se crispó; no era una buena idea resaltar ese fracaso—. Lo único que se me ocurre es que quieras irte, y por eso te interese tanto, ¿no? O que haya algo más en ese portador que sea valioso y tú no puedas sacarlo por tus propios medios...

—Eres un cabronazo rastrero y manipulador, Dimas.

—No —negó—. Solo intento entender qué ocurre con ese cacharro robado a una flama, nada más. Y porque tú has empezado con esta conversación; yo pensaba que íbamos a hablar sobre los negocios de siempre.

El café que le quedaba vibró dentro de la taza. Dimas lo observó durante un rato, porque se negaba a atender a la furia de un hombre como aquel, que lo fulminaba con el ánimo de ir a reducirlo a cenizas. Cuando consideró que la respiración de Arturo no iba a calmarse más por mucho que

lo hiciera esperar, levantó la barbilla con precaución hacia él y alzó las cejas. Notó que una le temblaba.

—No voy a coger ese portador —repitió—. Lo siento mucho, Arturo. Estoy dispuesto al resto de los negocios...

—La gente un día te matará por esos negocios. Maldito gilipollas...

No le merecía la pena escuchar el resto de insultos, pero resultaba difícil cuando todo el local se sumía en silencio para enterarse de nuevas formas de llamar ingrato a otra persona mientras te marchas de forma dramática. Dimas le dio un trago a su café. Su cabeza seguramente valdría más dinero del que todos esos bebedores aficionados tenían en sus casas. Él nunca había visto el documento que lo señalaba, pero existía, no lo dudaba ni por un segundo. Si nadie intentaba perpetuar de forma abierta un asesinato contra su persona era solo porque salía poco, estaba rodeado de personas que quizá lo ayudaran y era útil de un modo que compensaba ese dinero. Sin embargo, las palabras de Arturo rebotaban con facilidad entre las paredes del bar. No podía fiarse.

Tras dejar pasar unos segundos, buscó al capitán de su guardia para indicarle que ellos también se marchaban. Ya no quedaba ningún trato que lo retuviera en el local. Antes de conseguir encontrar al guardaespaldas, alguien tomó asiento en el sitio libre de Arturo. A Dimas se le escapó un grito de sorpresa, mientras la silla chirriaba contra el suelo al intentar alejarse de la desconocida.

La chica empujó hacia él una de las dos jarras de cerveza que había llevado consigo a la mesa. Al sonreír, la línea negra que estaba en su labio inferior parecía más gruesa y daba el aspecto de ser el inicio de una cicatriz ancha y profunda

—Hola —saludó ella, sin que ni el grito ni el modo de alejarse de la mesa de Dimas sirviera para amedrentarla—.

He pensado que, como te has quedado solo, te vendría bien alguien que te invitara a tomar algo. Supongo que te gusta la cerveza.

Miró en todas direcciones, para comprobar si sus escoltas estaban atentos a ese pequeño, a la par que grandísimo, inconveniente recién surgido. Encontró a dos mirando fijamente a la mesa, mientras que el resto ya tenía la atención dispersa en otros menesteres más agradables que el hecho de que la persona que les pagaba por protección fuera a morir. Los guardaespaldas en esos tiempos no servían para nada.

—¿Hola? —repitió la chica, para recordarle que estaba delante de él. Como si fuera a olvidarlo.

Dimas tragó saliva con fuerza y procuró que su sonrisa cordial fuera, por primera vez, de verdad una sonrisa. Notó el tirón en las mejillas, sin saber si sería suficiente.

—Me llamo Alazne —se presentó. Dejó la jarra que tenía que corresponderle a él en la mesa y la empujó en su dirección—. Perdona si te he avasallado un poco, pero tenía miedo de perder la oportunidad. Cualquiera me cogería el sitio.

—¿Sí?

—Sí, seguro.

Mala señal. Esa salida era para tomar café, hablar con Arturo y marcharse tranquilamente, sin nadie más interfiriendo. Si más personas querían acercarse, estaba saliendo todo horriblemente mal.

A Alazne no pareció importarle nada su desosiego ni que no cogiera la cerveza. Continuó sentada con la espalda recta, la sonrisa en sus labios. Tenía unos rasgos peculiares, tan afilados como todo su cuerpo. La nariz recta sobresalía en sus facciones, donde los pómulos altos no dejaban espacio apenas para unas ojeras finas y moradas, que custodiaban una mirada de ojos grandes y alargados en

el borde, de un tono verde. A Dimas no le parecía de fiar la gente con los ojos verdes. Como decía la canción, eran unos traidores.

Por si fuera poco, la chica contaba con unos dedos aún más largos, nudosos en cada articulación para remarcar que era capaz de cerrarlos apresando a una presa entre ellos. Se los pasó por las ondas de pelo castaño antes de alargarlos hacia él. Entornados, los ojos de Alazne cumplían con todos los versos posibles y Dimas echó la silla aún más hacia atrás.

—Lo siento mucho si te molesto... —musitó Alazne, sin hacer ningún amago para levantarse y dejarlo solo otra vez, aunque retiró su mano con disimulo—. Solo quería acercarme un rato. ¿Estabas esperando a alguien más? A este lo has espantado pero bien.

—No.

—¿No esperas a nadie? Entonces, ¿te importa si hablamos un rato? Es que tampoco conozco a nadie por aquí.

Dimas miró de reojo a su escolta más cercano. Tardaría demasiado en ir a rescatarlo en caso de que a ella se le ocurriera clavarle un cuchillo en el pecho. O peor todavía: apuntarlo con una pistola y disparar. No sabía cuál de las dos opciones sería más determinante en caso de que ocurriera, porque un cuchillo en el corazón sonaba mal y un disparo todavía peor, pero quizá tuviera alguna oportunidad con el cuchillo. Se suponía que los médicos los controlaban mejor, por todo lo ocurrido hacía siete años con la caza indiscriminada de lobishome en la provincia, que terminó con inocentes atravesados con filos de plata como si fueran alfileteros andantes.

Pensar en eso no ayudaba. Se fijó, para distraerse, en los dos anillos que Alazne tenía en su mano derecha, en el

dedo anular y el corazón. Eran precisamente de plata, con una piedra de color negro engarzada en cada uno.

—Turmalina o ágata —dedujo.

—¿Qué interés tiene?

Dimas se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta y apretó los labios. El haberse fijado en ella y sus joyas era una señal que la invitaba a quedarse. Respiró hondo y señaló la piedra del anular con un gesto vago de sus propios dedos.

—La turmalina se dice que protege del mal de ojo. La ágata sirve para ayudar a la longevidad —expuso. Su voz era apenas un murmullo de fondo, que se unía al del resto del bar—. Al estar en el dedo anular me inclino a pensar que se trata de lo del mal de ojo, así que sería turmalina. La del dedo medio, si de verdad quieres que ayude a la longevidad, debería ser ágata: todo el mundo sabe que es el dedo que conecta justo con el corazón y el único modo de que esa piedra te ayudara a alargar la vida. En cualquier caso, que las dos sean negras será para confundir a quien quiera robarte y que no sepa cuál llevarse primero, si tiene la oportunidad de elegir. —Se encogió de hombros—. En mi opinión, es siniestro llevar anillos negros, inducen a que la gente piense que tienen cámaras ocultas. O magia. O conexión con las meigas o alguna guardiana.

Alazne arqueó las cejas y en su frente, donde había tantas pecas que bien podría ser una playa llena de piedras, aparecieron arrugas. Eso era mejor que los ojos entrecerrados, decidió Dimas, la hacían parecer más vulnerable, mortal. El anillo de ágata no estaba surtiendo mucho efecto.

—Eres una persona bastante interesante, Dimas —concluyó Alazne—. Puede que tengas un poco de razón sobre las piedras. Aunque no son ni ágata ni turmalina, lo siento por la apuesta. Arriesgaste demasiado.

—Lo dudo. Sobre todo porque solo quieres tener mi atención mientras haces algo. En ningún momento te dije mi nombre.

—¿Disculpa?

—No te dije mi nombre y lo sabes, así que estás aquí buscándome. Esta conversación es solo para ganar mi confianza.

—Sé tu nombre porque el tipo que se fue lo gritó a los cuatro caminos, mientras añadía que eras un hijo de una marimanta y seguramente tenías un trasgo en el culo.

Maldito fuera Arturo setenta y siete veces.

—¿Qué quieres? —volvió a insistir igualmente. Se inclinó hacia adelante un instante, apenas un parpadeo—. Porque sé que quieres algo.

—No pareces un mal tipo con quien conversar un rato en un antro como este, Dimas —expuso la chica. Sonaba tan sincera que cualquier otro caería en sus garras. En su rostro, parecía no haber más que una sonrisa sacada del fondo de la tierra y la mirada verde—. Por eso quiero pedirte que me acompañes con tranquilidad, procurando no llamar la atención, si no quieres meterte en una pelea.

—Lo sabía...

—No, no —lo corrigió ella de inmediato, en ese mismo tono afable—. Se trata de la persona que acaba de entrar. La mujer que está sentada al final de la barra, a la derecha —le indicó—. ¿La ves?

No se dio cuenta de que había entrado alguien nuevo, tan concentrado como estaba en estudiar a Alazne. De todas formas, para él solo era una mujer más en un tugurio. No había nada destacable en ella, a diferencia de las manos de las hermanas gemelas, la línea que surcaba la barbilla de Alazne o el olor a hierba del hombre que estuvo a su lado en la barra. Solo una mujer con aspecto cansado y

ropa de viaje; Dimas no logró adivinar bajo la ropa la forma de un arma.

—¿Qué pasa con ella? —inquirió.

—Deja de mirarla. —Alazne asintió cuando él desvió la vista con lentitud—. La conozco, es peligrosa y este bar se va a convertir en un caos de un momento a otro. Deberías venirte conmigo mientras aún estemos a tiempo.

—Porque conoces a una mujer que acaba de entrar en un bar.

—Se llama Dores *la Roja*. Tienes que hacerme caso si no quieres terminar de ese color, Dimas.

Boqueó, sin ser capaz de contestar. Dores *la Roja* era una púa de las meigas que solía pasearse por esa provincia. Conocida por su falta de empatía y misericordia, se cantaban sus virtudes para ese puesto con el fin de alimentar pesadillas. Las púas se ocupaban de hacer valer la ley de las meigas, procurarles material o ir en busca de aquello que las importunara; todo eso solía requerir mujeres tan capacitadas para la destrucción como la Roja, pero sobre esa en concreto no se desestimaban palabras de halago hacia su trabajo. Nadie sabía cuál era el aspecto de Dores ni hablaba jamás sobre su cara. Eso solo era una señal más de peligro.

Dimas se pasó la lengua por la cicatriz del paladar, que notó oxidada, y miró hacia sus escoltas. Ellos continuaban tranquilos, ajenos a esa mujer de ojeras profundas que estaba en la barra. Si tuvieran que elegir defenderlo de alguien, seguramente sería de las gemelas. O de Alazne. No de Dores, la púa que hacía temblar al resto de sus compañeras.

—Puedo sacarte —repitió Alazne cuando la miró—. Solo tienes que confiar en mí y dejar que te lleve.

—No voy a confiar en ti.

—¿Quieres quedarte con Dores?

Despegó los labios y de entre ellos salió una respuesta que sonó igual que un disparo. El hombre que olía a hierba se desplomó en el suelo, en medio de un charco de sangre tan rojo como las gotas que cayeron en las manos de Dimas. El caos era del mismo tono.

Alazne se tiró encima de él y ambos cayeron al suelo. La silla se astilló por el peso, aunque la mesa salió peor parada al recibir los disparos. Alguien gritó en medio del tumulto. Dimas alcanzó a ver a uno de sus escoltas caer de rodillas en el suelo. La mano de la chica le cubrió la boca antes de que gritara.

Un estallido hizo que la mitad de la barra saltara por los aires, de un modo que poco tenía que ver con un arma convencional. Eso era magia, prohibida fuera del Cónclave. No le fue difícil entender qué hacía Dores *la Roja* allí, y no podía ser una treta de Alazne. Debía confiar en ella.

Se dejó incorporar cuando la chica quiso. No se quejó al agacharse detrás de otra mesa, en parte porque eso le permitió ver a las gemelas enzarzadas en su duelo particular con Dores *la Roja*. Un hombre, que tenía la mitad de la cara tatuada como si fuera una calavera, descargó el cargador de su pistola contra la púa. Dores lo único que hizo fue torcer el cuerpo hacia él en una amenaza.

Dimas no tuvo tiempo para valorar el resto de la situación, en especial cuando una mujer se paró delante de Alazne con la intención de detenerla. Cerró los ojos al ver un nuevo cuerpo caer al suelo y procuró esquivarlo cuando Alazne le hizo correr hasta la puerta que daba al almacén. Echó la vista atrás, por si acaso lo perseguían o sus guardias lo honraban con su presencia, pero solo logró ver cómo el cuerpo de una de las gemelas impactaba contra la pared. Echó a correr con renovada energía detrás de la chica.

Ningún camino era seguro una vez que empezaba a caer la noche, pero fuera de las ciudades esa premisa se extendía incluso cuando duraban las horas del día. Los monstruos no se privarían de una buena cacería en caso de tener la oportunidad: las guardianas no iban a revisar cada uno de los rincones del bosque y el Cónclave estaba lejos de lugares como aquel. Salir corriendo de El Tormento e internarse en esos caminos, en medio de ninguna parte, era una señal luminosa para las bestias. No sería la primera vez que un fuego fatuo se aprovechaba de un viajero perdido, con prisa, para llevarlo hasta la perdición.

Alazne, en cambio, parecía correr en una dirección concreta. La seguridad de sus zancadas hizo que al poco tiempo Dimas notara un pinchazo entre sus costillas, en busca de clemencia.

La rama de un árbol, interpuesta en su camino con demasiada precisión para ser una casualidad, le golpeó en la cara. El dolor lo cegó por partida doble, primero por el impacto de la rama y después por el que recibió contra el suelo. La boca se le llenó de sangre. Alazne no le dejó recrearse en el golpe, ni siquiera lamerse los labios, y lo cogió por los hombros para izarlo. Dimas dio un traspié antes de ser capaz de seguirla.

—Hay alguien —le instó, antes de que se alejara demasiado de él corriendo—. ¡Viene alguien!

—¡Cállate! —Alazne sacó una pistola de la espalda—. ¿Dónde está tu casa?

Le costó ubicarse unos segundos muy valiosos. Estaba convencido de que soplaban en su nuca el aliento de un asesino o de un lobo dispuesto a dejarlo sin carne en los huesos, lo que no ayudaba a concentrarse. El camino ya no quería dejarlo marchar, quedaba poco para que el sol se terminara en el cielo.